

III

LA DICHA DE DON QUIJOTE

Nos hallamos, ya lo dije antes, en presencia de una gran intimidad. Don Quijote dueño de su ambiente, es un hombre feliz en toda la extensión de la palabra. Y su felicidad nace, más que de cualquiera otra cosa, de la ignorancia de un vocablo: finalismo. Es el realizar todas sus acciones guiado por el voluptuoso placer de los verbos activos. Siempre actual, siempre eterno.

Y es necesario convencerse de que el origen de la dicha no puede ser otro que el placer del propio *realizar*. Don Quijote va al encuentro de los peligros y de las aventuras arriesgadas sin anhelos de consecuencia. Es el placer momentáneo de gustar todas sus acciones, saboreando minuto a minuto la energía prodigada en los esfuerzos. La dicha de don Quijote, dicha de un hombre que vive en sí mismo y se alimenta de sí mismo, consiste en emplear su fuerza en satisfacerse. Es el hombre que trabaja, convirtiendo este trabajo en flores. Porque los significados de *ser* y de *trabajo* tienen una correspondencia íntima. Hasta hoy, quizá sea don Quijote el único que vivió su vida más plenamente. Don Quijote es la plenitud de plenitudes. No es éste que obra, trabaja y se mueve guiado por una esperanza de realización. Y la suma de la obra y del trabajo de un ser constituyen la vida de este ser. La dicha del hombre, vuelvo a repetir, es la satisfacción del absorberse. Y el absorbente más voraz de una vida es lo que llamamos trabajo. ¡Infeliz el que se pasa toda su vida trabajando sin elevar este trabajo a una cúspide de sublimidad! ¡Desgraciado el enfermo que hace transcurrir sus horas amarrado con cilicios a una cama ilusoria de redención!

La quimera de don Quijote es inmediata. No va sufriendo por la vida, buscando méritos para un mañana de ilusión. No. Don Quijote es el hombre que consiguió hacer de su vida un alimento. Pero es necesario tener la seguridad de que ese alimento que ha de nutrir nuestra vida es el manjar más rico que existe. Don Quijote sabe —basta con que lo sepa él— que sus pasos por la tierra dejan huellas de grande hombre.

Y don Quijote es lo que es, representa lo que representa, porque hizo de una intimidad todo un mundo.

Yo soy el que ha dicho en alguna parte: «El que encuentra gusto o placer diciendo u oyendo tonterías, debe decirlas u oírlas; pero debe aceptar sin protesta que se le llame tonto de capirote». Y es que admito categorías en el mundo del Intelecto. Yo sé de Aristocracias y de clases medias y aun de clases mínimas en la región de las ideas. Y yo sé, y lo sabe todo el mundo, que es esa Aristocracia del Intelecto la única que trabaja y vive gozando de su trabajo y de su vida plenamente. Y los hombres que no pertenezcan a esa Aristocracia es muy difícil que puedan obtener de su vida un rendimiento máximo en las altas valoraciones de la felicidad. La prueba más clara de que es esa Aristocracia del Intelecto la representación de los vértices elevados la tenemos en que solamente mirando a su través se advierten existencias nulas. Un Aristócrata del Intelecto sabe que se viven muchas vidas que ni aun con telescopio podrían percibirse desde un alto sitial.

En cambio, ¿puede decir lo mismo un emperador que domine cien naciones? ¿Crearía nadie, si tuviera la desfachatez de decirlo, que desconocía la existencia de una plebe hambrienta y desastrada? ¿Los hechos de ese emperador serían tan profundos que no

podiera llegar a comprenderlos el mendigo más simple? La respuesta a estas interrogaciones nos haría reír si a la vez preguntásemos: ¿Qué gesto haría ese emperador en presencia de un libro de Kant?

Y corresponde al *ser* la conquista del medio adecuado. Porque la única manera de tener plena conciencia de un medio, de una cosa, es apoderarse, violentamente si es necesario, de ese medio o de esa cosa. Yo saboreo, ahora en mi juventud primera, con una fruición exquisita, todos mis choques con las fuerzas extrañas, y me parece lo más grato de una vida la libertad para una lucha franca entre el individuo y *algo*. Y el ansia de reforma que exalta a las juventudes vigorosas no es sino una mostranza de personalidad, nunca desdeñable, y a la que lo ya constituido debía acoger con unción y respeto. Afirmo que la edad joven representa en el hombre el máximo de fuerza, y que debe tenderse a que las direcciones sean juveniles, pues son las únicas que podrán algún día obtener de la palabra libertad suficientes realidades para colmar los ímpetus de juventudes próximas. Y en estas líneas sólo se hace alusión a la vida del espíritu, pues también aquí el problema eterno de la libertad es de una terrible y desastrosa importancia. Se ha dicho muchas veces que el hombre anhela eternizarse. Y yo digo que mientras una generación produzca veinte o treinta jóvenes serios e inteligentes, y estos jóvenes se vean impulsados al ejercicio iconoclasta de negar los valores pasados, no hay eternidad posible. El que se salven cuatro o seis *nombres* por cada siglo no quiere decir nada en favor de la inmortalidad del espíritu en todos los tiempos. ¡Y qué inmortalidad la de esos cuatro o seis hombres!

La juventud —no todos los jóvenes; hablé de veinte o treinta, serios e inteligentes, por cada generación— es lucha briosa para una conquista de bienestar. Y yo hablaría de juventudes eternas, como posible renunciación a las butacas muelles y cómodas.

Afortunadamente, los temas del espíritu representan una cuestión árida. Es aquí, sólo aquí, donde llegan, siempre voluntariosos, siempre con una inquietud hermosa y desinteresada, los hombres dispuestos a construir las pirámides ciclópeas que conduzcan a una eternización de sí mismos. Aquí, pues, las juventudes. Sabéis ya que es de aquí de donde se obtiene el manjar privilegiado de los mejores. Es posible que los que no tengan vocación ni suficiente entusiasmo para ello, la aridez primera de nuestros temas los haga volver atrás. Mejor que mejor.

No ha muchos días, un amigo llegó a mí muy desalentado y pesimista, porque después de continuadas meditaciones había descubierto una cruel metáfora, a cuya tiranía, bien a su pesar, se encontraba sumiso. «El defecto doloroso de la vida —decía mi amigo— consiste en que la sonrisa —la satisfacción, la felicidad— es como un pájaro que vuela sobre una atmósfera teniendo por único sostén sólido el dolor. Es decir, que sólo éste es permanente, y en él, después de un vuelo fugaz, cae el pájaro de la dicha.» Mi amigo necesitaba un consejo, y yo se lo di, valientemente: «Mata —le dije— ese pájaro que tú haces símbolo de la felicidad. En eso que tú llamas dolor puedes encontrar otra más superada». Y es que mi amigo llamaba felicidad a la satisfacción que le produjo el que un distrito lo eligiera diputado; y también, a un viaje de seis meses, llamado luna de miel, que realizó con su joven esposa por el extranjero. Esto —¿verdad?— no necesita comentarios.

El verdadero joven, el que encierra en sí mayores dosis de ímpetu y de vida, encuentra en sus funciones la alegría de un final. Obrando de otra forma, la juventud, y aun la vida toda del hombre, no pasaría de ser un paso en el vacío, un puente para avanzar en las

tinieblas. Es imprescindible al joven la conciencia de creerse no una cosa próxima, sino una fuerza actual y completa.

Hemos presentado a don Quijote como el símbolo del hombre que ama fervientemente sus actos. Sancho, por el contrario, es el simple que espera conseguir algo por el esfuerzo de los otros. Ni siquiera, ya que él no obra ni realiza nada, tiene el gusto de saborear las acciones de don Quijote. Sancho se redimiría algo si, en medio de su simpleza, no considerara locuras los actos quijotescos, o si pudiera, contemplando, encontrar alguna atracción en sus hazañas. Sancho no comprende que don Quijote arriesgue su vida y pase malos ratos si no es con la esperanza de que en un futuro, más o menos próximo, consiga casarse con una princesa y ser un emperador de cien naciones. No sabe que don Quijote encuentra placer en el peligro y está íntimamente compenetrado con su vivir actualísimo y heroico. A Sancho no le mueve otro impulso que la esperanza de un glorioso mañana en que se vea gobernando una Ínsula. Todos los actos quijotescos sabe que son locuras, pero la agudeza práctica del simplón de Sancho pone delante de sus ojos que el conseguir una Ínsula no es cosa que digamos muy natural, y nada tiene de extraño que para hacerse con ella se requiera que un don Quijote haga cientos de miles de locuras. Creer que Sancho considera a don Quijote ni un solo minuto hombre cuerdo me parece solemne tontería. Sancho es un *yo* de una pequeñez grotesca. Diríase que representa la influencia de cien siglos de naturaleza (1) sobre una sensibilidad primitiva. Fuera del círculo reducidísimo de su *yo* —un *yo* casi inexistente— percibió a duras penas una Ínsula. Desconoce y no podrá conocer nunca el trazado de una línea recta desde sí mismo al centro de su visión externa. Es la ceguera y el desconcierto en presencia de algo que no comprende. Trátase de llegar a conseguir un pollino, esto es, una cosa comprendida en su habitual visión, y a buen seguro que consideraría locura acompañar a don Quijote. A pesar de todo, Sancho consigue a veces que una ráfaga de luz le alumbre. Es cuando invita a don Quijote a ir a la Corte, donde podrán ser más prontamente divulgadas y conocidas sus hazañas. La experiencia que ha adquirido acompañando a don Quijote le hace ver la dificultad de que la Ínsula caiga del cielo, ni que pueda ganarla su señor en las aventuras de los caminos. Pero don Quijote, como las fuertes personalidades que nada necesitan del aplauso, desdeña la proposición Panzuna. Don Quijote, que sabía latín y quizá, por tanto, hubiera leído a Persio, pudo haberle contestado con la interrogación del poeta: «¿No es nada tu saber si otro no sabe que tú eres sabio?». Y no es que don Quijote no anhele fiestas y no sueñe con las mercedes a que le hace acreedor su arriesgado oficio, no. Tampoco el verdadero sabio desdeñaría que los demás conozcan y hasta celebren su saber. Pero sería pueril pensar que un sabio trabaja y estudia con los ojos fijos en las recompensas que la admiración de sus semejantes puedan concederle en un mañana más o menos próximo. La mixtificación, sin embargo, llega en nuestros días al extremo de que Sancho se disfrace de don Quijote. El disfraz, como todo el mundo sabe, permite que se haga uso de él cuando a uno le convenga. La Literatura misma presenta hoy entre sus cultivadores muchos Sanchos disfrazados de don Quijote. Y esto produce algunos rendimientos, esto es, algunas Ínsulas. Pero Sancho no es creador de nada; así los literatos a que me refiero. ¿Cómo producen, entonces? Pues muy sencillo: *Une mélange de quijotismo et de lieux communes. Tout aberration sexuel*. Y perdónenme los franceses. Toman del quijotismo la apariencia.

Durante la cena con unos cabreros, Sancho tiene en poco las mercedes que le hace don Quijote sentándolo a su lado y consintiendo que beba y coma en su misma copa y plato. Y

aquí comienza su sandez y atrevimiento. Él puede prescindir muy bien de esos melindres; como no puede vivir es sin Ínsula, ¡pobre hombre Sancho! Todo lo que se escriba contra este Panzuno es poco. Y hoy vemos, desgraciadamente, triunfar a Sancho. Sancho triunfa hoy porque —ya lo dije antes— se ha disfrazado de don Quijote, y se ha hecho algo inteligente. Yo contemplo con amargura esas manadas de jóvenes que todos los años aparecen en la República literaria, desflorando su virginidad con una novela pornográfica. Son los nuevos Sanchos, esos Sanchos de hoy, algo inteligentes, que ya no son sencillos siquiera, y a los dos palos que dio don Quijote a Sancho por reírse éste de la aventura de los batanes, contestarían pisoteando al Gran Espíritu. Son los Sanchos que vienen al Arte o a la Literatura a ganar dinero, poniendo precio a un talento que *creen tener*. Yo les diría que no profanaran los dones de las Musas, buscando en la ciencia los bienestares materiales que desean. Ahí están —¡oh!, nuevos Sanchos— la Medicina, la Ingeniería, la Abogacía y otras *ías* donde el *verdadero talento* se paga con creces. Es muy necesario que la República de las Letras pague cincuenta duros mensuales a un individuo que se encargue de manejar un látigo con destreza. Y hay que poner a este individuo en la frontera de la República para impedir la entrada en sus dominios a estos nuevos Sanchos.

Nota

(1) Y la naturaleza, lo ha dicho el siempre admirable Ortega y Gasset, es incultura.

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»
>SECCIÓN: TEXTOS DE RAMIRO LEDESMA RAMOS
>DOCUMENTO: Quijote_007